

Fiesta. Bautismo del Señor
El cielo revela que Jesús es el Hijo

El cielo revela que **Jesús es el Hijo de Dios**. Pero los hombres lo descubriremos cuando centremos la atención en Jesús crucificado y en los crucificados del tiempo presente. Éste es el gran mensaje del Evangelio de Marcos que leemos los domingos de este año.

Hoy celebramos la fiesta del **bautismo de Jesús, el Siervo de Dios y servidor de los hombres**, que nos resitúa con los pies en la tierra y con la mirada y el oído en el cielo, para poner en marcha los procesos personales y estructurales que permitan el comienzo de una vida nueva según la justicia de Dios. Con el bautismo de Jesús termina la fiesta cristiana de la Navidad. Cuando Jesús sale de las aguas del Jordán, habiendo sido bautizado por Juan, se produce **un desgarrón del cielo y resuena la voz** que revela que Él es **el Hijo de Dios**. Jesús se ha puesto en la fila de los pecadores y de este modo el que no tiene pecado alguno podrá destruir el pecado en los seres humanos.

Los evangelios destacan en la narración bautismal el carácter divino de la persona de Jesús, pero en la versión de Marcos (Mc 1,7-11) se relata brevemente el bautismo de Jesús destacando sobre todo su sentido de manifestación divina. **El cielo se desgarró** para que **la voz divina revele que Jesús es el Hijo de Dios que se hace Siervo**, pero el reconocimiento humano de tal manifestación se reserva en Marcos otro momento, capital en su evangelio, cuando **otro desgarrón**, esta vez el del velo del templo (Mc 15,38), muestre de manera inequívoca, tras la muerte de Jesús en la cruz, la **epifanía de Dios en su Hijo, el Siervo sufriente**. Esta presencia verdaderamente sorprendente y paradójica de Dios en el Siervo crucificado está preconizada en aquel desgarrón del cielo en el bautismo. El Evangelio de Marcos que leeremos este año desarrollará progresivamente esta revelación y a la comprensión de ese Evangelio debemos ir abriendo nuestro corazón y nuestra mente.

El desgarrón del cielo evoca al profeta Ezequiel (cf. Ez 1,1) y la bajada del Espíritu Santo en forma física de paloma contribuye a desvelar la identidad del bautizado en cuanto Siervo de Dios. El bautismo de Jesús tiene como objetivo presentar su **profunda solidaridad** con los seres humanos apareciendo entre los pecadores y mostrándose como uno de tantos en el misterio de la cruz. Asumir la condición pecadora de los humanos y amar a los hermanos con una solidaridad sin igual implica el **extremo abajamiento de Jesús** que no sólo se puso entre los pecadores, sino que, **por amor a nosotros**, experimentó la consecuencia última del pecado de la humanidad en el **asesinato violento de la cruz**. Jesús no sólo se presentó entre los criminales, sino que pasó por ser uno de tantos hasta la cruz. **Jesús murió entre los criminales**, pero él convirtió ese crimen en un sacrificio redentor. Se puede decir que su muerte fue la peor de las muertes humanas, pero **con la fuerza del Espíritu Santo**, presente siempre en él y destacado **en el Bautismo**, él la convirtió en algo sagrado en virtud de su amor, un amor que irradia perdón, fortaleza y vida.

Los textos del Antiguo y Nuevo Testamento ayudan a comprender el sentido de esta manifestación divina en el bautismo. El primer poema del **Siervo en Isaías (Is 42,1-7)** habla de un personaje enigmático, aplicado, según la interpretación cristiana, a Jesús, cuya prefiguración se completa con los otros poemas del Siervo sufriente (Is 49, 1-7; 50, 4-9; 52, 13-53, 12). En ese primer cántico se revela la **figura del Siervo** elegido por Dios para llevar adelante una misión profética singular, la de **promover el derecho** en la tierra e **implantar la justicia** en la historia, encabezando el proceso de **liberación de los oprimidos** de este mundo, en el máximo **amor y respeto a lo más débil** e indigente de la humanidad y sin ningún tipo de alarde ni de espectacularidad. Es el Mesías servidor, que impulsado por el Espíritu consumó su entrega por la justicia en la injusticia de la cruz. **El bautismo de Jesús** es la **manifestación abierta y profética de su misión y de su destino**.

En los Hechos de los Apóstoles se pone de relieve también el altísimo valor teológico de la **justicia**, pues todo aquel que practique **la justicia del Siervo**, sea de la nación que sea, es aceptado por Dios (Hch 10,34-38) más allá de su condición religiosa, étnica e ideológica. Así se pueden describir también las señas de identidad de todo **bautizado** ungido con el Espíritu Santo, como Jesús, para practicar el bien y enfrentarse a todo lo malo y diabólico del mundo presente, abriendo camino a la paz. **Promover el derecho** y la justicia, **liberar a los oprimidos** de la tierra y **hacer siempre el bien** son las marcas del Siervo de Dios que configuran la identidad profunda y profética de los cristianos. **Bautizarse es empaparse de este Espíritu profético y mesiánico**, que hay que renovar continuamente en la vida de la Iglesia.

Como cristianos, **bautizados en el Espíritu de Jesús** y sintiéndonos muy amados por Dios como hijos suyos, auguramos, siempre guiados con la Palabra de Dios, un tiempo nuevo para promover todo lo que hay de **bueno y de justo** en cada uno de nosotros y podemos comprometernos con todo tipo de acciones solidarias y justas que estén a nuestro alcance, dispuestos a hacer todavía un sacrificio de **justicia mayor** para orientar los esfuerzos de las personas, de los Estados y de los que ostentan el poder económico mundial hacia los intereses de la justicia internacional, de la promoción del derecho y de todos los **derechos individuales, sociales, políticos y económicos en todos los pueblos** y naciones de la tierra.

Ojalá que el **desgarrón del cielo** en el bautismo, el del velo del templo en la muerte de Jesús, así como **el desgarrón del corazón humano** ante la violencia, el terrorismo y la barbarie de las guerras y pobrezas de nuestro mundo permitan **escuchar la voz del Dios** del amor, que no hace acepción de personas y ama al que practica la justicia sea de la nación que sea. Sólo así seremos capaces de construir un mundo de **diálogo**, de **respeto**, de **valoración del otro** en el **reconocimiento** de su diferencia, de **solidaridad** con los que sufren y una tierra que se oriente hacia la **paz**.

Para ello los creyentes en Cristo estamos convocados en este domingo a la comprensión de la identidad de Jesús como Mesías y Siervo, **al encuentro con su persona y al reconocimiento de su misión**, de modo que se efectúe en cada uno la **apertura** del corazón al anuncio del Reino de Dios, la **conversión** al evangelio y la **solidaridad** radical con los pobres y con los que sufren mediante la promoción del **derecho y la justicia de Dios**. Éstas han de ser las señales de una vida auténticamente cristiana y configurada con la figura del Siervo por la acción del Espíritu de Dios.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura